

Elementos de antropología filosófica

Miguel García-Baró

Jitanjáfora Editorial, Morelia, México, 2012, 228pp.

ISBN: 978-607-95854-3-3

Por Diego I. Rosales Meana

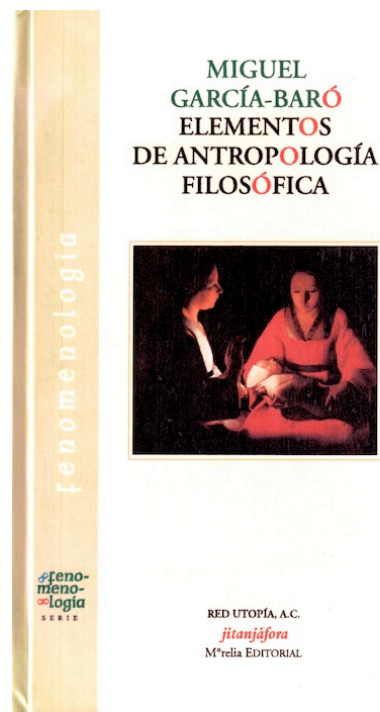
Centro de Investigación Social Avanzada, México

El mundo se nos presenta como una catástrofe, pero pese a todo hay razones para tener esperanza. Pareciera ser ésta la tesis principal de *Elementos de antropología filosófica*, libro que Miguel García-Baró ha publicado en Morelia, México, bajo el sello editorial de Jitanjáfora en la espléndida “Serie Fenomenología” que dirige Antonio Ziriión.

No creo mentir si digo que esta esperanza a la que se refiere García-Baró está en germen al fondo de cada uno de los hombres, en la alternativa que tiene de vivir su vida de cara al bien o, por el contrario, de cara a las cuestiones de quinta importancia. Y es que, si en el mapa filosófico las publicaciones y la investigación están, salvo raras excepciones, perdidas en temas completamente intrascendentes, García-Baró se ha ocupado de volver a poner sobre la mesa lo único que ha de importarnos: la pregunta que inquiere si vivimos o no cara al bien.

El pensamiento de Miguel García-Baró, es decir, la confrontación que hace él mismo de la vida respecto del bien, ese movimiento de toda la persona por el que decide evaluar de acuerdo con la razón aquellas verdades sobre las que se fundamenta su actuar (como él mismo define la filosofía varias veces a lo largo del libro), se va desarrollando y destejiendo en la clave que sobre todo Sócrates, Agustín de Hipona, Husserl, Kierkegaard y Levinas han ido trazando.

Si bien no estamos frente a un nuevo tratado sistemático de antropología filosófica, sí estamos ante mucho más que migajas filosóficas en torno al ser humano, pues el trabajo de García-Baró es filosofía valientísima y original. Esta valentía es detectable al menos en dos dimensiones del libro. La primera, en que son pensados desde su origen algunos de los problemas que más importan a la vida de cada uno de los hombres, sea este hombre un importantísimo académico entendido en las cuestiones más complicadas de la filosofía y la metafísica, o bien un campesino del último de los rincones de Castilla o del valle del Anáhuac. Porque a todos y cada uno de los seres humanos nos importa conocer la verdad sobre la sexualidad, la política, la cuestión sobre Dios o la educación de nuestros hijos. Pero la valentía del libro no radica únicamente en este atrevimiento sino también en la radicalidad



con la que invita a que la filosofía no deje jamás posibilidad alguna sin cuestionar. Si nuestra vida, señala García-Baró, y lo que hagamos con ella depende de lo que pensemos qué es el bien y la verdad, entonces es nuestro deber examinar todas y cada una de las posibilidades, no dejar sin examen nada que pueda ser considerado o tematizado, en aras a la autenticidad de nuestra vida, porque corremos siempre el riesgo de vivir la vida en superficie o, peor aún, de colaborar con el mal.

En el prólogo del libro García-Baró repara en las objeciones morales que los horribles males del siglo XX –aunque no sólo el del siglo XX– representan para el trabajo filosófico, pero también advierte del peligro de considerar en bloque y sin distinciones a la razón y al lógos como los causantes directos de la peor de las catástrofes que ha tenido la humanidad pues, si ha habido santos y mártires que han dado la vida por la filosofía y el suelo cultural de Occidente (en esto sigue a Emil Fackenheim), entonces hemos de buscar en ella lo que hay de santo. Porque son los santos quienes dignifican los ideales, y no los ideales lo que da santidad a los hombres. La cuestión importante de la vida no es una cuestión teórica, sino más bien la posibilidad que tengo de decidirme entre la alternativa de tratar a los otros como un mero medio para mis propios fines, o de estar en mis relaciones con los otros con la plena lucidez de cada otro es siempre una realidad dignísimamente absoluta. Solamente sobre ese suelo hemos de permitirnos una reflexión filosófica sobre el hombre, una verdadera antropología filosófica que no abandone las explicaciones en las descripciones de la superficie sino que intente atar los hilos hasta las honduras trascendentales de lo humano.

El primer trabajo aborda, desde las fuentes mismas de la filosofía y el pensamiento griegos, la cuestión sobre el espacio, y traza un camino desde esta fuente helénica hasta la filosofía contemporánea de Emmanuel Levinas. Es este ensayo el desarrollo de una ontología que intenta dar cuenta del “espacio” como una realidad completamente objetiva e impersonal y de cómo éste, que parecía cartesianamente un vacío silencioso que espantaba muchísimo a Pascal, puede verse completamente transformado en su identidad ante la presencia conmovedora y dramática de un ser humano. Muestra, con Levinas, que el cuerpo humano es el gozne que hay entre lo ontológicamente mudo y el gemido constante del yo en ese mundo sin habla, pues los significados del espacio se revelan también en “el cuerpo gozoso y necesitado, que vive de los elementos tomados de ellos y de su vida misma distancia temporal, no puede evitar la inquietud por el mañana” (p.31).

El segundo capítulo que, de entre toda la bibliografía sobre género y sexualidad constituye uno de los ensayos más originales y existencialmente ricos sobre el tema, sostiene como tesis principal que el problema específico de lo sexual es “el advenimiento exclusivo del singular al singular” (p.40). Así, en clave platónica, García-Baró va recorriendo los aspectos que configuran la especificidad filosófica de la sexualidad, independientemente de todos los aspectos culturales (o mal llamados “de género”) que puedan estar siempre a su alrededor. Si el ser humano es encarnado y vive en el tiempo y está constituido por una historia, entonces siempre existe en la singularidad. En este sentido la sexualidad es, precisamente, la vocación de un singular a vivir respecto

de otro singular y conseguir ahí la afirmación de su identidad: “el problema filosófico del sexo no es tanto, por cierto, el de la delimitación de lo natural y lo cultural en la autoidentificación sexual dentro de una gama muy amplia de posibilidades, cuanto el de la realización de la existencia en lo singular, en lo general, o en lo radicalmente individual. La cuestión filosófica del sexo básicamente es el análisis de la encarnación de la existencia y de la descripción y el diagnóstico de los modos de realización de ella, desde el punto de vista de su quién y de su respecto de quién” (p.41). La identidad fuerte, en este sentido, se construye cuando un individuo comienza el ascenso erótico que va desde el amor a lo sensible individual hasta el fin último que pide ese ascenso, que es el Bien, pues el yo singular ansía unirse con la belleza y con lo que da sentido a esa belleza.

A partir de una comprensión de la sexualidad desde el *Banquete* platónico, la teoría agustiniana de la *libido* y la *scala paradisi* de los medievales y renacentistas, García-Baró sostiene que el amor en su plenitud ha de comenzar con el amor a lo mundano, pero jamás en exclusiva, pues esto traería consecuencias devastadoras: si amamos lo que es temporal, “el amor y la delicia se vuelven entonces nada, muerte y tedio; y como hacia eso que ha muerto gravitaba plenamente nuestro centro existencial, nuestro corazón, es el mundo entero lo que se vuelve muerte, incluida nuestra vida misma” (p.49). Así, el amor justo preferirá lo incorruptible a lo corruptible, pero lo amará todo, aunque en su justa medida. La sexualidad, en este sentido, libera al hombre porque ella es la promesa inscrita ya desde el *appetitus* más primario, de ser alguna vez liberado del tedio de la soledad y de romper el contrato que cada uno tiene establecido consigo mismo.

El tercer trabajo, que compara “La mística y la filosofía”, comienza por admitir que, por una parte, hablar de mística es aventuradísimo y quizás vanidoso. Sin embargo, si consideramos a la mística como la forma más perfecta de la existencia religiosa, entonces claro que puede hablarse de ella pues cada hombre es capaz de hablar del más grande de sus ideales. Por otra parte, es consciente de las dificultades de la existencia religiosa en el mundo contemporáneo. Estas dificultades radican, sobre todo, en que “los hombres hemos aprendido a conocernos a nosotros mismos mejor que nunca a la luz infernal de la maldad inaudita que ciertos hermanos de sangre nuestros han sido capaces de introducir en la historia” (p.58). Con todo y estas dificultades, García-Baró pone en relación este modo religioso de existir con la existencia más particularmente filosófica. Lo propio de la filosofía, señala, es ser consciente de que cada momento está iluminado y acechado por un mandamiento: no da igual qué es lo que yo decida, por lo que debo detenerme a considerar cuál es el bien. Por eso no hay existencia humana que se libre, en este sentido, de la obligación de filosofar. Sin embargo, y quizás aquí esté una de las grandes aportaciones de García-Baró a la filosofía: hay *acontecimientos* que rompen el sentido de la historia que hemos ido viviendo en nuestra vida y que ponen en verdadera cuestión los principios sobre los cuáles se sustentaba: “la firmeza del suelo ha desaparecido; los soportes se resquebrajan. No puedo tragar tanto como la vida me impone. No entiendo lo que ocurre...” (p.66). Hay, pues, un *acontecimiento* en especial que me saca de la infancia y del juego y me introduce por primera vez en el tiempo de la vida adulta, pues me doy cuenta que mi vida terminará y que la muerte llegará inevitablemente. Así, mi existencia me abre la posibilidad de vivir cara a esa verdad o de seguir viviendo en la superficie. Sin embargo, si miramos con atención y por el suficiente tiempo, será posible dar cuenta de otro

acontecimiento instaurador: el del primer amor, que llega “como gracia que abre lugar en el mundo para nuestra inquietud, cierta ahora de que hay otras exactamente como la nuestra y que misteriosísimamente colaboran a calmar y engrandecer la que nos trabaja por dentro” (p.71), de manera que ese primer amor nos arranca del aislamiento, o al menos nos abre las puertas a tener la absoluta esperanza del abandono de la soledad de mi inquietud. Por eso, de la mano de Rosenzweig, García-Baró sostiene que el acontecimiento de la salida de la infancia abre la puerta a la existencia filosófica paralelamente a como el acontecimiento de la gracia del primer amor permite la instauración de la vida religiosa personal, que no es otra cosa sino el abrigo íntimo de ser portadores de una esperanza absoluta.

El cuarto y el quinto capítulos abordan dos cuestiones paralelas y complementarias sobre la ley y el Estado. En el cuarto García-Baró nos presenta una reflexión sobre la ley y el individuo a partir de una relectura del *Critón* platónico, y en el quinto aborda las posibilidades filosóficas del multiculturalismo. Sobre el *Critón* –uno de los diálogos más dramáticos del filósofo de Atenas, pues la conclusión no será solamente teórica sino el destino de una persona: la vida o la muerte de Sócrates–, García-Baró va poco a poco deshilvanando los puntos de apoyo y de fuga de los argumentos de Critón a favor del escape así como las respuestas que da Sócrates en contra. En el fondo, parece ser que si todo discurso es *logos*, entonces cada acción, cada elección de una persona es también un discurso, una tesis que ha de ser probada respecto de la verdad. Pero lo que hay que verdaderamente tomar en consideración es que “el hacer realmente el bien va abriendo posibilidades y discursos que no se podían ver ni, sobre todo, entender apropiadamente antes de la acción buena” (p.92), como si la vida tuviera lecciones que enseñar a los hombres, pero que exige de éstos un esfuerzo aventurado, épico, que depende de su valentía para ser buenos: de entregarse al bien aunque éste depare consecuencias que a primera vista puedan parecer dolorosas. Sin embargo, dado que el hombre no está solo, sus discursos han de probarse con discurso del otro: o el otro individuo, o el “otro” que es el Estado, pues en la medida en que éste es la ley, ha de ser portador también del *logos* más grande que da sentido tanto a sus leyes como a mis discursos: “es la ley que sólo dice lo Justo mismo, por cuya virtud, por cuyo conocimiento, por cuya fuerza, debe un hombre-discurso impugnar las constituciones no democráticas y las leyes positivas imperfectas (e imperfectamente democráticas, por lo mismo) de cualquier Estado en cualquier situación histórica.” (p.101). Respecto del multiculturalismo, no podemos dejar de mencionar la distinción importantísima entre filosofía y cultura, y es la que señala que hay un ámbito trascendental de la existencia que hace posible toda vida humana, y que es este lugar, precisamente, el lugar en que cada uno de los hombres se pregunta por el Bien y por la verdad, pues: “respecto de la verdad misma, el hombre no es libre de instalarse en ella o de rehuirla por completo. La existencia humana es en su raíz existencia en el ámbito de la verdad” (p.108). En esa medida, una cultura será humanamente válida en la medida en que no acalle en el niño y en el adulto las voces de la conciencia que le invitan a preguntarse por la autenticidad de su vida.

Este apunte de García-Baró es importantísimo, pues también aparecerá en los últimos trabajos del libro: cuando una persona ha entrado en la vida filosófica, es decir, cuando se da cuenta que no da igual cómo viva y que, por lo tanto, tiene que hacerse cargo de examinar racionalmente todas las hipótesis que se le presenten sobre cómo vivir, aparecen con frecuencia –y quizás el acento en esta pésima costumbre es el gran mal de nuestro tiempo– un

salvavidas cultural, social o religioso que pretende acallar en cada persona esas preguntas. Una cultura no es verdaderamente democrática cuando no permite que un individuo se pregunte con radicalidad todo, incluso si la democracia es o no la mejor opción. Igualmente, las religiones suelen catequizar antes de tiempo, antes de que la persona se sumerja con plenitud en el camino de la ética, antes de que asuma con radicalidad que él mismo es todo pregunta, y ofrecen paraísos que, aunque puedan ser verdaderos, resultan existencialmente artificiales y dañinos, pues no dejan que el hombre ande por sí mismo y terminan produciendo no hombres verdaderamente religiosos, sino fanáticos superficiales. Para afrontar el multiculturalismo, entonces, ha de tenerse esto en cuenta: una cultura será verdaderamente humana no cuando reprima la escisión existencial en la que se sume un hombre cuando ha vivido los acontecimientos fundamentales, sino cuando lo acompaña en su camino personal y le ofrece horizontes de sentido de manera crítica.

Sentadas estas bases, se propone García-Baró, en el sexto ensayo de su libro, mostrar que la filosofía de la religión –no la ética, no la metafísica– es la que ha de ser considerada como filosofía primera. Si bien ya hemos visto en algunos otros de sus trabajos las ideas que aquí se expresan, pocas veces ha tematizado tan explícitamente ideas tan importantes como, por ejemplo, la interpretación existencial de la epojé husserliana. En efecto, si como ya habíamos visto toda acción es un discurso, y no hay praxis humana que esté libre de un conjunto de opiniones que la funden, entonces la irresponsabilidad más grande será evitar la pregunta por la verdad de esas opiniones. Esta idea de filosofía que García-Baró se encarga de reiterarnos, ha de interpretar precisamente desde ahí la reducción fenomenológica: poner entre paréntesis la actitud irresponsable (que Husserl llama a ojos de García-Baró demasiado luteranamente “natural”) de no pensar la propia vida y juzgar a fondo y verdaderamente en serio si vivimos una vida buena. En este sentido, esta existencia filosófica es ya prácticamente una existencia religiosa, pues “el ser humano es primordialmente esta vigilia que ha sido despertada a la aventura absoluta de la bondad, más allá de cuanto sabe sobre el ser y el no ser; más allá de cuanto supone que sabe por tradición sobre la vida, la muerte, el sentido y el absurdo” (p.124). Sin embargo, es necesario explicar cuáles son los aspectos primordiales de la génesis de esa reducción fenomenológica. Es decir: ¿qué es lo que hace que un filósofo comience a preguntarse sobre sí? Para responder a esto, no echa mano solamente García-Baró de la noción de “acontecimiento”, que la fenomenología contemporánea ha traído tanto a colación, sino el relato mismo de Agustín de Hipona, cuando al perder a uno de sus mejor amigos se tornó él en la gigantesca pregunta de la cuestión por la identidad de sí mismo: “es sólo después, una vez, por cierto, que hemos sido alcanzados por los golpes del dolor que nos cura providencialmente, cuando reconocemos, por la gracia de Dios, que nuestra existencia ha sido hasta entonces más bien una *muerte vital* o una *vida mortal* que *vida* en sentido pleno” (p.128) Es solamente el yo roto en lágrimas y despedazado en sus seguridades el que puede volver a preguntarse por el destino de su alma. Solamente así surge la existencia ética, que se da cuenta que ni siquiera incluso ese dolor tremendo que padeció en sí era el mayor de los males, sino que éste es no el propio sino el que uno puede incluso con una mínima omisión, perpetrar en el corazón ajeno. Por eso la existencia religiosa es la filosofía primera, porque es ella la que ha sentado las bases de toda esperanza ulterior, de toda redención y de toda posibilidad de paz para una vida humana: si ha habido un atentado

contra el corazón de ideas y principios que daban sentido a mi vida, y si luego me doy cuenta que antes de esa destrucción hubo una experiencia matriz en la infancia de amor primigenio según la cuál todo tenía sentido, entonces cabe en mi vida una razón para tener esperanza en que vendrá algún día, otra vez, la paz, pues “se pone la atención religiosamente en lo imposible cuando se desea con toda la energía que hay en uno mismo la redención de la historia en el futuro inmediato; que el dolor y el sufrimiento, la muerte y el pecado sean más que olvidados: perdonados, aniquilados. Se ora y se actúa en aras de una repetición que recuerda el éxtasis estético pero que es su opuesto exacto. Las posibilidades tienen que retornar. Lo que terminó debe recomenzar. Lo pasado ha de estar por venir” (p.132). Sin embargo, aquí me parece que cabría la posibilidad de plantear una pregunta al autor respecto de una idea que quizás no fue profundizada en el libro lo bastante, pues sostiene que, según lo dicho hasta ahora la reducción fenomenológica, o la conversión filosófica, o el salto al estadio ético pueden ser, así considerados, aún más radicales que la conversión religiosa. El argumento de García-Baró se basa en que la conversión filosófica, o la mundanización del mundo, implica necesariamente un completo cambio de hábitos, y que las transformaciones religiosas de un hombre no necesariamente hacen que el sujeto en cuestión deje de existir según la tradicional forma en la que ha venido existiendo: “la conversión religiosa, la experiencia de lo sagrado, no necesita perturbar o remover el marco esencial de la vida entendida como el existir de un sujeto” (p.122) pero, en ese caso, cabría preguntar a García-Baró, ¿estamos frente a una verdadera conversión religiosa? ¿Qué no es lo religioso, más bien, el encuentro con la santidad del Bien, con lo que está completamente fuera del tiempo y que, por tanto, también implicará una conversión ética? Porque está claro que el ámbito de lo sagrado no es aún lo plenamente religioso, en tanto está cerrado en el circuito de la inmanencia del mundo. Es solamente lo Santo lo que extrae al sujeto de sí y lo instala en la vida religiosa, que no es solamente religación a lo inmemorial, sino proyección a un *éschaton* de paz completa y donación de sentido a cualquiera de los presentes.

Los tres últimos ensayos del libro son ejemplos de la puesta en práctica de las posibilidades filosóficas de la propuesta de García-Baró. Si asistimos a una reinterpretación original de la filosofía, si leemos la epojé husserliana desde Sócrates y desde Kierkegaard así como los acontecimientos de la existencia humana y sus movimientos desde Agustín y Rozenzweig para luego descubrir en el fondo del corazón del hombre una esperanza de paz, entonces habrá que intentar juzgar mundo desde esas categorías, que se nos aparecen como el fondo desde el cuál surge. En ese sentido, el capítulo VII intenta fundamentar teóricamente una ética digna del mundo de hoy, y comienza planteando el dilema de la moral como una alternativa según la cuál los deberes morales y valores o están fundamentados absolutamente en sí mismos o bien necesitan de un preámbulo que prepare el terreno para poder conocerlos. Ahora bien, si “la acción relevante moralmente es, definida por su nota común mínima, aquella de la que cabe arrepentirse o bien el momento en que se la realiza o bien en cualquier futuro, aunque sea imaginario” (pp.139-140), entonces estas mismas acciones son las que verdaderamente han de importarnos en la vida, pues podrían construir o destruir la sustancia misma de nuestra existencia: en efecto, ahí donde cabe arrepentimiento es porque también cabe una vida responsablemente vivida y lo más cerca posible de la paz. En este sentido, el hábito, las costumbres, las virtudes toman un papel importantísimo en la vida, pues es demasiado común que caigamos con

frecuencia en el olvido. Es demasiado normal que se nos olvide el verdadero fondo de lo que nos hace ser hombres, el verdadero rostro que hay por debajo de lo que vivimos en superficie: que nuestra existencia es finita, y que de nosotros depende evitar o aumentar el mal que pueda haber en el mundo, así como acercarse a quienes viven próximos a nosotros, aunque sea un milímetro más, a las caricias de una vida en paz. Y es normal que se nos olvide porque, quizás, nos produce un tremendo espanto saber que está en nuestras manos la posibilidad de introducir en el mundo un mal irrevocable. Pero esta característica de nuestra existencia, esta nota de constante olvido, no es la última palabra sobre el hombre, dice García-Baró, aunque Heidegger así lo hubiera pensado. Para empezar, porque no es posible ser por entero una persona superficial pues –y aquí volvemos a las tan importantes ideas de infancia y acontecimiento– hay una “náusea de ser”, en expresión de Levinas, que eventualmente reluce a los ojos de nuestra conciencia, y esta náusea consiste precisamente en que nos damos cuenta que moriremos y al mismo tiempo en que nos damos cuenta que no queremos que eso suceda. Tampoco sabemos qué es lo que queremos que suceda, pues la representación de una vida como ésta para siempre es también insoportable.

Mucho se detiene García-Baró, tanto aquí como en otros de sus libros, en la descripción de estos momentos de conciencia tan propios de Unamuno, pero lo importante aquí es el dato innegable de la rebelión: “la voz de la carne es entonces mismo: que no quiero morir. El mero hecho de seguir existiendo pese a lo desgarrador de este grito es ya la medicina imprescindible para los primeros momentos” (p.153), y digo que la rebelión es lo que hay que notar aquí porque es esa paciencia de todo hombre por esperar a ver qué sentido pueda tener la vida el dato inmediato de la ética: hay una esperanza latente en cada uno de nosotros que se muestra incluso performativamente, aunque no formulemos esa esperanza explícita y verbalmente con palabras filosóficamente sofisticadas. Esta experiencia de rebelión es la experiencia, también, del amor a la vida que emprende una lucha a muerte contra la muerte, o mejor dicho: una lucha a vida en contra de lo que es, en su aparecer, muerte. Y así el hombre común se erige como un héroe épico que en los trabajos y los días de su vida, en medio de los dolores y las alegrías precarias, vive, aún sin saberlo, con una esperanza verdaderamente auténtica. No sabemos nada: odiamos la muerte, pero odiamos también esta forma de vida, pero eso que amamos se ha de parecer más a esta vida, que sí conocemos, que a la muerte, que solamente nos imaginamos como vacío en el frío de una caja oscura. Por eso una ética a la altura de los tiempos que corren ha de ser plenamente sincera con los fondos de la existencia humana, sin negar ningún dato que se ofrezca a la investigación de la verdad. Siempre habrá un punto de ignorancia, y este punto de ignorancia “es el subsuelo permanente de la existencia, y sobre él se plantan la confianza y la esperanza. La ignorancia fundamental es ella misma el amor de Dios, la *misteriofanía*, el secreto altar de lo Santo en el corazón del corazón del hombre; o también el documento de su alianza con el Bien” (p.158). En este sentido, la filosofía de García-Baró nos remite a esa región del corazón humano en donde, aunque sea más fácil contar nuestros cabellos que los infinitos movimientos del abismo profundo del alma, ese abismo está habitado por una intimidad más íntima que yo mismo, y que es la Santidad misma. Por eso todo hombre no debe recibir nunca de nada ni de nadie simplemente daño: porque el peor de los males será guarecerse en esa Santidad del mismo para no ejercer en la existencia del mundo las obras del amor, que se erigen como el primer imperativo que es condición de todo otro imperativo. Porque mi mismidad, aunque habitada por lo Santo, está inscrita en la historia, y es por ello capaz de

mal y de violencia, y de hacer cosas de las cuales haya que arrepentirse, por eso la única salvación está en la gracia de lo que el propio yo no puede darse a sí mismo: la redención de la soledad de mi existencia está en el Otro, que es “el paradigma de lo *a posteriori*, de la gracia, del acontecimiento” (p.172), pues el otro me ofrece siempre, llamándome por mi nombre, la posibilidad de redención amándolo. Y sólo así lo que parece que es en mi vida viejo y no tiene ya más sentido, sólo así lo que parece que está destinado indefectiblemente a morir, renace y se encuentra con la posibilidad de que cada día sea el *Día del perdón*.

El penúltimo ensayo, sobre “La naturaleza y el ámbito del diálogo” es un ejercicio fenomenológico en el que, después de mostrar la imposibilidad de que el lenguaje y el discurso sean únicamente palabras audibles, describe cómo el diálogo está constituido, más bien, por el conjunto de sentidos y significados que son la propia vida en su actuar y en su pura presencia. Las palabras solamente son creaciones poéticas de la vida, un segundo momento en la vida del lenguaje. La vida tiene su manera de hablar anterior a las palabras, ella no es solamente el conjunto de experiencias que tengo sino lo que en ellas hay de *sentido* y, desde ese punto de vista, estamos en permanente diálogo con los acontecimientos pues nosotros mismos somos discurso y lo que nos ocurre nos confronta, y lo que hacemos confronta a su vez a los otros con quienes comparto la vida: “somos, cada uno de nosotros para todos los demás, una lección interminable de cómo se debe vivir [...] ya nuestra sola aparición dice demasiado: dice que estamos seguros de que nuestra manera de habitar el mundo es la mejor, al menos para nosotros mismos” (p.183). Sin embargo, esto es así porque la vida que me hace vivir, la interioridad que habita al interior de mí mismo es ella misma ya *a priori* diálogo también: yo soy diálogo contante y sonante todo el tiempo, pues para que haya un yo que vive una vida debe haber un diálogo previo a toda noticia y a toda experiencia que posibilite todos los diálogos posteriores. Así, en el sentido socrático, García-Baró sostiene que “la vida mía, lo que él [Sócrates] llamaba la *psyché*, el *alma*, no posee la clave de su ser sino nada más que el recuerdo de la verdad, del discurso plenamente verdadero. La yoidad humana es un reflejo del logos eterno” (p.185).

El último de los capítulos versa “Sobre la escuela”, que concibe como el lugar privilegiado en el que se debe preparar a los hombres precisamente para esta vida filosófica de la que ha hablado en las más de cien páginas precedentes. Si una religión verdadera es aquella que ha pasado por la criba de la ética; si una ética auténticamente contemporánea es la que da cuenta de la santidad del otro hombre; si una verdadera política del multiculturalismo es la que impide que incluso la democracia funcione como anestesia para que cada uno de los integrantes de la sociedad se pregunte con radicalidad por el sentido de su vida; en fin, si todo esto es así, si la existencia humana vivida en la esperanza es la que ahonda con todas sus fuerzas en las rías del hombre y se compromete radicalmente para evitar hacer el mal a uno de sus hermanos, entonces la escuela ha de ser un lugar fundamental para que esta confrontación con la verdad tenga lugar, y no ya solamente en la medida en que muestre claramente cuál es su identidad y su ideario educativo, sino en la medida en que sea también una escuela para los padres, pues no hay movimiento educativo si los padres no lo comienzan y lo terminan al tiempo que lo que en la escuela se va haciendo. En ese sentido, también el profesor tiene una misión sacratísima: la de colaborar a que el niño, que se

encuentra siempre solo cabe los acontecimientos que lo lanzan a la vida adulta encuentre puntos de apoyo y referencia para no desfallecer: el profesor deberá ayudar a que el alumno conciba como posible la esperanza en el mundo, pues no es el profesor quien, al final del camino, educa, sino la vida misma en sus gozos y dolores.

Por último, hace García-Baró un importante apunte sobre la responsabilidad de la escuela católica frente al mundo. En ella deberá haber un especial énfasis en que todas las regiones de la realidad tienen que ver con la vida humana, ninguna de ellas es neutral, y todas –las artes, la ciencias, el deporte, los oficios, los amigos– se articulan armoniosamente. La escuela católica deberá poner un énfasis especial en lo que las otras instituciones no quieren encontrar: tiempo, pues el valor de mercado estará puesto en el quinto orden de importancia. Así, se enseñará a los niños a apreciar el valor de la letra hablada y escrita, a expresarse con claridad por escrito, a hablar en público, a argumentar y a dialogar. La escuela católica deberá ser una especial compañía “para esos chicos para los que escribimos y en los que no sólo sospechamos, sino sabemos, que hay ya un choque hondo, silencioso, trágico, con la realidad, que necesita palabras y compañía que nadie suele darle; nadie, salvo los amigos alrededor de la litrona o las canciones de la radio” (p.201). A estos chicos a los que está educando, deberá el colegio educarles también para saber que al lado suyo hay otra realidad, la de un hombre que sufre agujoneado por el hambre espiritual o material y de la que no puede uno olvidarse nunca.

El libro cierra con un epílogo que subraya que la vida humana es siempre precaria pero cuenta con un deseo fundamental que la guía. Aunque ese deseo no sepa muy bien de sí, aunque no sepa muy bien qué desea, va poco a poco matizándose y concretándose al acontecerle dichas y dolores. Pero la última palabra no la tiene sino la afirmación de que cabe, si se hace un verdadero trabajo filosófico, esperar en esta precaria vida un acontecimiento que “sobreeleve nuestra vida a una dicha indecible, dentro de la cual sólo quepa el acontecimiento reiterado de una crecida del gozo” (p.207). Por eso, si en el mapa filosófico la mayoría de las publicaciones están perdidas en la epidermis, el libro del profesor García-Baró es un libro que, lejos de toda ingenuidad, afirma a las claras la capacidad de la razón de hacer ver al hombre su finitud, su carencia y, en ella y por ella, la inmensa esperanza que habita en él.

